

Reseña

**RESEÑA: Graciela Silvestri. Las tierras desubicadas. Paisajes y culturas en la Sudamérica Fluvial. Paraná: EDUNER, 2021.**

**Fernando Williams\***

Historia, Teoría y Praxis de la Arquitectura y la Ciudad. Instituto de Investigación. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Nacional de La Plata. / CONICET.

[ferwil3@yahoo.com.ar](mailto:ferwil3@yahoo.com.ar)

Fecha envío: 19 de julio de 2022

Fecha de aceptación: 19 de agosto 2022

Fecha de publicación: febrero 2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

---

\* Arquitecto. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires. Doctor de la Universidad de Buenos Aires (área Historia). Categoría 3 Programa de Incentivos Ministerio de Educación de la Nación. Línea de investigación: Historia del territorio y el paisaje en Argentina. J Profesor Titular de Introducción a la Historia de la Arquitectura, Instituto de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de San Martín. Investigador asistente CONICET.

*Las tierras desubicadas* es un libro que reúne magistralmente las originales contribuciones que Graciela Silvestri ha hecho en el campo de los estudios culturales del paisaje durante varias décadas. Resulta, sin dudas, un libro consagratorio no sólo en relación con esa trayectoria sino también en relación con lo ambicioso de su propuesta, ya que se trata de un verdadero tratado paisajístico de las tierras bajas sudamericanas. En el título pulsa una pregunta que recorre todo el trabajo: cómo aprehender la vastedad de las pampas, la espesura de las selvas, la anchurosidad de los ríos sudamericanos y encontrar en ellos un sentido.

La introducción inscribe esa pregunta en circunstancias concretas: la visita de Claude Levi- Strauss a Brasil que derivará en la publicación de su célebre *Tristes Trópicos*. La desmesura del territorio, y el modo fragmentario en que la civilización aparece en él, decepcionó al antropólogo, desbaratando su humboldtiana ambición de reunir forma y sentido. Aquí se comprende el carácter "desubicado" al que remite el título, que además de la desproporción física refiere a la ubicuidad temporal. Levi-Strauss representa la oportunidad de reconstruir un debate filosófico y epistemológico que se enlazará con las representaciones de las tierras bajas. Pero son también sus apreciaciones sobre Brasil las que resultan útiles: distintas facetas de su experiencia en ese país emergerán una y otra vez durante el resto del libro.

Además de dar cuenta de la estructura del libro, la introducción ancla la indagación en dos encuadres geográficos: Sudamérica —convincientemente presentada como isla— y el "territorio guaraní" —como singularización de una particular densidad cultural dentro de las tierras bajas—.

Esa estructura se organiza en once capítulos divididos en tres partes, que son, de algún modo, el trazo grueso de una periodización. La primera parte se detiene "antes de la escisión" entre naturaleza y cultura, un tiempo en que América aparecía como horizonte de promesas.

El capítulo 1 explora la genealogía y productividad cultural del "paraíso", sin perder de vista la contracara que representa el vacío, aquel donde fue posible (re)fundar la utopía. Partiendo de su original formulación shakespeariana, Silvestri reconstruye el largo derrotero de la resignificación de la figura de Calibán en Latinoamérica, lo que permite entender mejor cómo esta última llegó a entenderse como "melting pot". A la fértil tropicalidad brasileña se contraponen la esterilidad de una Argentina en la que Buenos Aires, desde una autopercepción blanca y europea, se rehusó a dar entidad cultural a lo nativo. Se recorta en ese marco la figura de Saer que igualando indígenas

e inmigrantes plantea una indistinción que Silvestri considera fundante para la cultura del litoral rioplatense.

El capítulo 2 se aproxima a las tierras bajas, haciendo pie, primero, en la más extendida referencialidad de las altas: los Andes, que a partir de la visita de Humboldt fueron el laboratorio para una búsqueda aleación entre descripción y narración o entre naturaleza e historia. La insuficiencia de las palabras abre aquí el camino a nuevos recursos para la cartografía y convoca a la pintura paisajista. Desde estos mapas y escenas se acuñarán una serie de perdurables imágenes para Sudamérica. Por otro lado, Silvestri repone el debate entre Neptunismo y Vulcanismo y señala que al imponerse este último se abre una "temporalidad abismal" donde el hombre queda descentrado, profundizando así la brecha entre historia humana e historia natural.

El capítulo 3 da cuenta de los recursos y narrativas puestos al servicio de la construcción de nuevas naciones, ávidas de legitimar la ocupación de extensos territorios y construir una identidad común. Aquí el paisaje se revela como dispositivo ciudadanizador, enlazando lo científico con lo sensible. El particular caso argentino es puesto en foco, un caso en el que la falta de "cimientos" —los propiamente orográficos pero también los que pueden proveer culturas ancestrales sedentarias— desplaza la atención hacia la fauna prehistórica y la historia del planeta. El museo como normalizador de miradas, como instrumento de inculcación pero también como experiencia que apela a los sentidos, es, en este capítulo, el protagonista. Sin descuidar debates que enlazan ciencia con nacionalidad, Silvestri problematiza tanto las propuestas museográficas como los propios edificios, sumando así a la arquitectura a una discusión cultural en la que raramente está invitada. Este capítulo deja en jaque el concepto de autoctonía, abriendo la reflexión sobre el lugar del otro en la cultura contemporánea y cuestionando la deshistorización de los pueblos indígenas.

El problema de la representación de las tierras bajas es el tema que aborda el capítulo 4. Aquí la serpiente aparece como metáfora de una naturaleza exuberante, donde la falta de límite y la transformación permanente ponen en cuestión la singularidad de especies y espacios, desafiando la posibilidad de su representación. Wölfflin, Warburg, Didi-Huberman son convocados frente a ese desafío. Con una nueva puntada sobre el territorio guaraní, la autora da cuenta de nociones híbridas de representación en los mapas confeccionados por indígenas letrados. El tejido emerge como un modo alternativo de entender la representación. Por esta misma vía es puesta en cuestión

también la noción de belleza que, en vez de depender de una forma -y de las líneas y superficies que la componen-, puede derivar, en cambio, de cualidades específicas como el brillo: el agua y los vagos territorios por ella definidos resultan útiles para pensar estas diferencias. Retomando un interés por lo acuático que recorre todo el libro, la línea usada para representar el curso de los ríos da paso a modos no abstractos de entender el agua y a reparar, por ello, en un tipo de distribución de límites difusos y cambiantes. Se trata ya de una concepción del espacio decididamente ambiental que abre el interés por la perspectiva de cada uno de los organismos que lo habita. Silvestri rescata a Facundo Quiroga y a W. H. Hudson como ejemplos que dentro de la literatura argentina exploran esa perspectiva.

La segunda parte del libro -Proyecto y Destino- nos ubica de lleno en un momento en que el afán constructivo de españoles y criollos marcó una clara división entre naturaleza y cultura, y en que la literatura se consolidó como técnica cultural fundante. Justamente, esta segunda parte abre con un capítulo que demuestra la inescapable relación que las palabras han tejido con las ciudades. Su potencia es rastreada hasta la obra de Angel Rama y su "ciudad letrada". Silvestri contrasta esta ciudad hispanoamericana —verdadero ejercicio de abstracción— con los pueblos jesuitas donde las prácticas y nociones espaciales de los guaraníes fueron, efectivamente, tenidas en cuenta. Esa excepcionalidad, y no sólo su dimensión utópica, permite entender que estos pueblos fueran considerados como "reservas de la imaginación" y que Foucault se detuviera en ellos al plantear el concepto de heterotopía. Un entramado de palabras guaraníes —justamente codificadas por los jesuitas— da cuenta de la densidad significativa de este territorio y conecta con una dimensión abiertamente paisajística, que Silvestri reconoce luego en autores como Lugones y Quiroga. Como ocurre a lo largo de todo el libro, las representaciones en sede literaria son puestas en relación con las que se desprenden de políticas, planes y proyectos, en este caso, los vinculados a la creación de los Parques Nacionales.

En un segundo capítulo, el problema de la extensión conduce a las estrategias ensayadas para dominarla. La tensión entre mecánica ilustrada y romanticismo lo recorre entero, alternando el idilio de la pintura con la perfección de la máquina, cuya primera expresión, plantea Silvestri, fue el plano topográfico. Naturalmente, la pampa argentina concentra buena parte de la atención. Es significativa la trama de ideas y políticas que la vinculan con la pradera norteamericana y el capítulo se encarga de destejerla. Difícil es soslayar, sin embargo, la especificidad de la pampa y sus

problemas, derivados de una transformación fallida que Sarmiento identificó tempranamente. La extensión persistirá como contracara de una Buenos Aires devenida metrópolis. Ortega y Gasset y Martínez Estrada aparecen como aquellos capaces de producir una lectura paisajística atenta a la relación entre espacio y formas de habitar. El primero ensayando una caracterización de los argentinos basada en los fugitivos horizontes pampeanos; el segundo -con pesimismo spengleriano- buscando refugio en los estratos geológicos. Esta dimensión de lo fósil gana un nuevo espesor en la Patagonia de los recursos minerales, un territorio en que la imposibilidad de conjurar la extensión se vuelve aún más perfecta. Haciendo pie en Sebrelí, el capítulo cierra con una crítica de Silvestri al modo en que las izquierdas porteñas han impugnado toda versión paisajística o ambiental como reaccionaria.

La conectividad de lo fluvial es el tema del capítulo 3. Aquí confluyen dimensiones políticas (libre navegación de los ríos), tecnológicas (nuevas herramientas cartográficas y medios de transporte) y paisajísticas (metáforas de vida plena). Desde Sarmiento a Martínez Estrada, ya el ensayismo rioplatense había puesto en relación esas dimensiones pero Silvestri suma aquí las obras y los proyectos, poniendo a los ingenieros en el centro de la escena, y rescatando a una generación formada al calor de un discurso nacional, para la que los proyectos fungían también de propuestas políticas. La autora usa el plan del Tennessee Valley Authority -modélico en su ambición de conjugar eficiencia técnica, mejoras socio-económicas y belleza escénica- como parámetro de comparación de proyectos tales como el Canal Sudamericano, que aspiraba a unir las aguas de las tres principales cuencas. Para este y para otros proyectos y obras, la comparación deja expuesto un particular desdén local no sólo hacia el componente social sino también hacia el paisajístico. Esta disolución del tenor estético implica mucho más que la ausencia de "paisajes artealizados", señala Silvestri. Implica también coartar la posibilidad de que a partir del debate y la opinión se puedan establecer algunos consensos sobre imágenes e ideas capaces de representar la propia identidad, una función del paisaje como "lugar común" que da título a otro de sus libros.

El capítulo 4 abre un espacio a la pregunta acerca del modo en que los arquitectos sudamericanos abordaron los paisajes locales durante el siglo XX, especialmente a partir de que esas figuraciones formaran parte de una discusión sobre la identidad nacional, y en un momento en el que se vuelven a conjugar adelantos técnicos y

valores simbólicos. Se señala la referencialidad que tuvo el viaje sudamericano de Le Corbusier, abriendo duraderas vías de expresión a partir de la respuesta al clima o a la gran dimensión, vías en las que la arquitectura nunca dejará de medirse con el mundo “natural”. El correlato rioplatense de esta fórmula consagrará a la pampa y al río como vacío definido por un horizonte circular, sobre el cual ciudad y arquitectura se recortarán como puro artificio. A la línea recta pampeana Silvestri opone la curva carioca, más proclive al diálogo con un terreno escarpado. Aquí retoma su investigación sobre la línea serpentina, proponiendo otras genealogías no necesariamente vinculadas a las vanguardias pictóricas. Burle Marx es señalado como un nexo fundamental para entender no sólo la presencia de la curva en los proyectos brasileños sino también el modo en que topografía y mundo vegetal se integran al terreno compositivo de la arquitectura. La autora asigna igual importancia al concepto de *bricoleur* que permite entender la manera en que artistas y arquitectos brasileños incorporaron lo existente en sus distintas escalas, componiendo ensambles que combinaban lo moderno y lo tradicional, lo foráneo y lo nativo, ensayando nuevas síntesis.

Deslímites es el título de la tercera y última parte y en buena medida nos ubica en la revulsiva década de 1960. El primer capítulo lidia con nuevas concepciones de límite que desandando la abstracción de la línea hacen lugar a la ambigüedad, acercándose a nociones del espacio propias de los nativos americanos. Los órdenes y jerarquías se desmoronan e invitan a descubrir la animalidad, a introducirnos en el terreno de lo post humano. La idea de frontera postulada por F. Jackson Turner es desplegada en un primer apartado. El espesor físico y socio-cultural que la volvió tan productiva es vinculada con otras categorías afines como la de *borderland* o región, en momentos en que el interés por lo ambiental desdibuja fuertemente las líneas interjurisdiccionales. En los restantes dos apartados Silvestri pone a prueba un equipamiento conceptual turneriano que se revelará como inadecuado para entender a territorios andinos, caracterizados por una multidimensionalidad física —la de los diferentes pisos ecológicos— y temporal —ni precolombina, ni moderna— y por una multisensorialidad que trasciende la hegemonía de lo visual, y de la que la literatura de Arguedas da buena cuenta. En el tercer apartado, las ideas turnerianas no son impugnadas pero sí puestas entre los paréntesis de la particular recepción brasileña, marcada por el interés en la historia de la expansión hacia el oeste emprendida desde ciudades como San Pablo. El regreso a lo primitivo que Turner vio en Norteamérica

resulta clave para entender, en el caso de Brasil, una creatividad que nutrió las vanguardias modernistas y que se expresó en el caso de Sergio Buarque de Holanda en la composición de paisajes intrincados y cenagosos que sintonizaron con las idealizaciones antropofágicas que animaron a tales vanguardias. La atención puesta en las redes de lectura deja al descubierto ciertos juegos de opuestos entre regiones aparentemente distantes. Silvestri muestra cómo esas interdependencias activadas por las diferencias —y no por las similitudes— son las que permiten hablar de lo hispanoamericano.

Poner en cuestión los límites que representan las fronteras implica también descubrir aquellos que dibujan territorios otros; en el caso de este segundo capítulo, los demarcados por el despliegue de géneros y prácticas musicales; un modo de abandonar la centralidad de lo visual -y lo literario-, aspiración que recorre toda esta última parte del libro. Silvestri llega a la música a partir de un interés más amplio en lo que puede definirse como "paisajes sonoros": espacios poco mensurables sugeridos por el rumor de un río o del follaje, pero también por las lenguas con sus diferentes dialectos y acentos. Junto con las palabras y la danza, la música "permite vincular la aérea cualidad del sonido con las formas corporales de hacer lugar". Como un viaje que revela lo poroso de las fronteras, el capítulo se inicia con una exploración de la densidad cultural del chamamé, para desplazarse luego río abajo, hacia el arrabal porteño en el que se construirá para el tango un mítico domicilio. En la primera parte, el chamamé es la excusa para dar cuenta de una historia de mezclas y préstamos puesta en evidencia por la difusión de instrumentos musicales asociados a la presencia de inmigrantes de muy distinto origen. Pero importan centralmente las implicancias espaciales de la resonancia del chamamé, la que lo ancla al piso de baile que funge en las aldeas como centro de la vida en común y la que lo derrama sobre un terruño del guaraní que es tan amplio y difuso como la red hídrica del Paraná. Silvestri torna visible aquí el correlato paisajístico de melodías y palabras. En la segunda parte, el tango es la vía de entrada a una exploración de la productividad cultural del límite entre la ciudad y el campo. Este fue el ámbito que Borges construyó como su propio espacio literario y en el que, emparentando a gauchos y malevos, cimentará su mitología porteño-pampeana. No sorprende que, en desmedro de lo específicamente musical, se enfatice aquí a la palabra, no sólo por la invitación a mirar con estos lentes

borgianos, sino también porque aquellos primeros tangos eran la expresión urbana de un habla cotidiana en la que se abrían paso diferentes lenguas y dialectos.

El tercero y último capítulo profundiza la investigación sobre la “deslimitación” contemporánea, adentrándose en una “metafísica guaraní” que permitiría impugnar a la propiamente occidental. Silvestri propone rastrear una “deriva inesperada”: aquella que vincula el habitar guaraní con Deleuze —referente central del “giro espacial” — a través de Pierre Clastres y de su formulación de un pensamiento guaraní. En contra de la extendida naturalización de los indígenas americanos, Clastres politiza sus formas de habitar y les da entidad a sus fundamentos, poniendo así en cuestión no sólo al historicismo europeo sino también a aquellos conceptos sobre los que se fundan las ciencias occidentales: principalmente el de una naturaleza definida por su oposición a lo humano. Emerge así la idea de un “multinaturalismo” que acoge múltiples naturalezas basadas en conjuntos de maneras de ser colectivas y diversas. Para entender esa multiplicidad es necesario reparar en un “pensamiento salvaje” basado en la diacronía, el dialogismo y la equivocidad. De allí, las “metafísicas caníbales” en las que se inspira el título del presente capítulo. Es que a Clastres se llega también por medio de Viveiros de Castro, quien ha señalado la deuda que las teorías antropológicas mantienen con las comunidades estudiadas por los antropólogos. El mérito de Silvestri consiste en trenzar estas disquisiciones con un debate que gira en torno a los problemas que representan los grupos aislados de la Amazonia, en un momento en que, al calor de posiciones ambientalistas cada vez más radicalizadas, esa región se ha convertido en un problema político global. Filosofía, política, ambiente son solo los principales hilos con los que Silvestri trama un tapete que hoy nadie puede dejar de pisar. El estado, el trabajo, las migraciones son algunos otros de esos hilvanes. Pero el tapete no es una metáfora que represente adecuadamente la complejidad de un mundo en que la desradicación generada por la circulación de la riqueza y de la información se superpone a la injusticia que trae aparejado el levantamiento de nuevos muros y vallas. La ciudad en su actual versión posmetropolitana se revela, en este sentido, como un prisma elocuente. Por esta vía, ciertamente distópica, Silvestri desemboca en la arquitectura como campo particular en el que se juegan los conflictos, revelando así su productividad cultural.

En fin, cada capítulo vuelve a anudar, siempre de un modo distinto, la estratégica relevancia cultural del paisaje. Comprensiblemente, la reseña de los capítulos ha podido dar cuenta sólo mínimamente de la vasta constelación de referencias teóricas.

Debe admitirse que tal cantidad y diversidad de contribuciones no dan como resultado un *tour de force*, se despliegan, en cambio, como jalones en trayectos amenos y sugestivos.

De alguna manera, el viaje —los viajes— quedan resonando durante la lectura del libro. En principio, es sabido que viajeros y exploradores ocupan un lugar central en la historia de las representaciones del territorio y casi todos los capítulos dan buena cuenta de ello. Pero es más que nada como analogía de los impensados recorridos que proponen las argumentaciones de Silvestri que el viaje pulsa en su trabajo.

Son exploraciones guiadas por la pregunta acerca del significado de figuras y símbolos con los que el territorio es percibido, imaginado, representado y transformado. Se trata, sin embargo, de travesías de distinto tipo. En unas, la autora sigue la línea de debates y discusiones reales que marcaron el campo cultural, construyendo así, para las ideas, genealogías que exceden con creces lo estrictamente paisajístico.

En otras, baliza las secretas sendas que permiten poner en diálogo a personajes y a ideas insospechadas, entrecruzamientos que no son otra cosa que el aporte de la propia autora. Es que Silvestri afila de tal manera la definición de sus tópicos y figuras que los cortes que produce con ellas pueden dejar en un mismo y convincente plano a los pueblos jesuitas y a las películas de Isabel Sarli. Es evidente que no bastan rigurosidad histórica y agudeza, es también con creatividad e imaginación que puede ponerse en diálogo a Levi-Strauss con Caetano Veloso.

Como camino reconocido, como sendero oculto o como osada transecta, en todos los casos el tránsito propuesto no puede desentenderse, por un lado, de un amplísimo espectro de campos del conocimiento. Esta erudición permite revelar para distintas disciplinas vecindades inimaginables. Es de esta manera, que Silvestri convoca a una audiencia tan amplia como única, en la que arquitectos pueden sentarse junto a poetas, ingenieros y antropólogos.

Por otro lado, esos tránsitos revelan un conocimiento de los diferentes contextos en los que esas ideas viajan y se escoran a partir de condicionamientos que imponen no sólo materialidades y temporalidades propias del territorio sino también disputas y tensiones que definen la urdimbre política en la que se dirime una lucha por los sentidos y los destinos.

En fin, este nutrido conjunto de atributos da forma a un texto que como señala J. E. Burucúa en un lúcido prólogo, es de ardua lectura y difícilmente clasificable desde el

punto de vista del género. Especulaciones de alto vuelo se enlazan con relatos y también con descripciones de los más diversos objetos: regiones, proyectos, pinturas, edificios. También es posible encontrar en sus páginas un buen número de citas atesorables, por lo que, por momentos, el texto puede funcionar no sólo como guía de viajes sino también como gabinete de objetos preciosos.

Por qué no decir, por último, que es un texto bellamente escrito. Declarada en forma explícita como objeto de estudio, la belleza rezuma a lo largo de todo el libro en discusiones, reflexiones y descripciones en las que las palabras han sido escogidas sin descuidar sus ecos poéticos.